

SERMON SEPTUAGÉSIMO TERCERO.

De la incorporacion del hijo de Dios con la humanidad, y del hombre con el hijo de Dios.

SEÑORES,

Tocamos al término de las conferencias dogmáticas, y vamos á colocar hoy la última piedra del monumento que hemos levantado á la gloria de Dios y de la verdad. Hace veinte y siete años, cuando Dios me volvió la luz que habia perdido por culpa mia, me inspiró el pensamiento de consagrarme á su servicio en el ministerio sagrado, y nada tuve mas presente en la memoria que la conviccion de que muchos hombres permanecen alejados del cristianismo por que no lo conocen, y que no lo conocen, por que no se les enseña. Yo recordaba los dias de mi adolescencia, lo poco que se me habia dicho de Dios desde mi salida del hogar doméstico, y me sorprendia que en el seno de una nacion cristiana, pudiesen las almas tocar en los confines de la virilidad sin haber conocido la religion mas que por un catecismo de tres meses, hácia la edad de doce años. Yo me prometí, si Dios me concedia vida, inteligencia y fuerza, reparar hasta donde yo pudiera esta extraña miseria de la educacion en un pueblo civilizado.

Diez años despues de conversar de este modo conmigo mismo, en el secreto tal vez orgulloso de mi conciencia, fui llamado á esta cátedra de Nuestra Señora, por el difunto Monseñor de Quelen, arzobispo de París, el primero, el mas fiel y el mas amable protector de mi juventud. Separado de mí por muchas convicciones, rodeado de hombres que no me querian, me tomó bajo la proteccion de un afecto tan generoso como paternal, y, á pesar de mis faltas y de mis enemigos, jamás retiró de encima de mi cabeza inexperta la mano que habia extendido sobre ella dándola la uncion del sacerdocio y el beso de paz de su corazon pontifical. Ahora que ya no existe, y que despues de diez y siete años, esta obra de las conferencias de Nuestra Señora, de que fué el autor, ha coronado su vida y su sepulcro, yo no podia repasar el curso de mis lecciones sin inclinarme ante la suya y tributarle con esta salu-

tacion pública el homenaje de piedad que un hijo debe á su padre.

Treinta y tres años tenia yo cuando me fué impuesta la honrosa carga de enseñaros la fe, y de enseñarosla de un modo conveniente al estado de vuestras inteligencias, á los instintos de nuestro siglo y á la elevacion de la cathedra de donde iba á descender esta enseñanza. ¿Estaba yo, ó no lo estaba, preparado para poder llenar cumplidamente este deber? Yo lo ignoro, Dios lo sabe. Cuando recorro con mi imaginacion los años que han precedido á estos dias de Nuestra Señora, la fe de mi infancia, las negaciones de mi juventud, este vivo y inesperado cambio que me volvió sin transicion de los primeros pasos de lo civil á las sombras de la iniciacion sacerdotal, las largas y estudiosas oscuridades, el ruido de las cosas que me pusieron repentinamente en frente de la opinion pública, me parece algunas veces que la mano del Señor me ha conducido, y que apareciendo ante vosotros he obedecido á su predestinacion. Fuese lo que quisiera entonces, sea como quiera hoy, necesitaba la imprudencia que da la juventud, sostenida por la seguridad que inspira una vocacion presumida; yo tuve la imprudencia en el fondo, y creí por mi obispo en el llamamiento de Dios. Todo el cristianismo se presentó ante mis ojos, como ante un hombre que iba á ser su arquitecto para toda una generacion. Si consultaba á mis predecesores, para aprender en ellos el arte de exponer cosas tan grandes, los veía poner á Dios al principio y como á la vanguardia de su obra, bajo la proteccion de una profunda metafísica; despues desde allí, bajar al pueblo judío, en los abismos de la historia, paralarrear por fin á Cristo, y á la Iglesia fundada por él. Sin censurar este método, yo no lo adopté. Me pareció que ni se debía partir de la metafísica, ni de la historia, sino asentar el pié sobre el suelo mismo de la realidad viva, y para buscar en ella las huellas de Dios. Porque Dios, me decia á mí mismo, no puede estar un minuto ausente de la humanidad; él ha estado, está y estará en ella y con ella siempre en una obra visible, proporcionada á las necesidades del tiempo, y debiendo ser á los ojos de todos su revelacion. Ahí es menester apoderarse de él, para mostrarlo á los que no lo ven, salvo en seguida el retroceder de siglo en siglo hasta el origen de su accion, alumbrando y fortificando cada parte de la luz y de la unidad del conjunto.

Ahora bien, la Iglesia católica es actualmente la grande maravilla reveladora de Dios. Ella ocupa la escena del mundo con un milagro que cuenta hoy diez y ocho siglos de duracion; no se la

puede mirar, ni escuchar, ni comprender, pero ella está ahí. Ella está ahí, y el que no la ve, ó la toma como una cosa vulgar, será aun mas incapaz de ceder al razonamiento ó de instruirse con lo pasado. Por la Iglesia pues es necesario comenzar la demostracion del cristianismo, porque ella es su coronamiento, y ella es lo primero que se descubre, como se ve á lo lejos en los desbordamientos del Nilo la cabeza solitaria é iluminada de las Pirámides. Así lo hemos hecho nosotros, y durante muchos años, se nos ha visto estudiar juntos la necesidad de la Iglesia, su constitucion, la ley de sus relaciones con el mundo, los caractéres generales de su doctrina, su influencia sobre el espíritu, sobre el alma, sobre la sociedad, y á cada punto que yo tocaba, para hacerlo resonar como á la estatua de Memnon bajo los golpes de la luz, os decia; *Deus, ecce Deus*, ved que no es el hombre, ved que es la verdad, ved que es Dios, abatid vuestro orgullo y confesad, en todo lo que sobrepuja vuestro poder, el poder de uno mas grande que vosotros.

En seguida, reconocido como sobrehumano este majestuoso é incomparable edificio, nosotros buscamos á su autor, á fin de distinguir en su historia y su fisonomía si el carácter del obrero correspondia con el carácter de la obra. Los anales del mundo nos nombraron á Cristo: Nosotros lo estudiámos en su vida íntima y pública, en sus milagros, en las profecías seculares que habian anunciado y preparado su venida, y por que parte se enlazaba auténticamente con todo el pasado del género humano. Este hombre se nos presentó único como la Iglesia, y el solo que, habiendo osado llamarse Dios, hubiese realmente hablado, vivido y obrado como un Dios.

Hecho esto, con la Iglesia á mi izquierda, Cristo á mi derecha, la obra y el artífice reconocidos divinos, entré resueltamente en las entrañas del dogma que habíamos recibido de estas dos fuentes, de Cristo y de su Iglesia, de Cristo revelador, de la Iglesia propagadora é intérprete, y siguiendo paso á paso el misterio oscuro y luminoso de la doctrina, visitámos todas sus profundidades. Dios, el universo, el hombre, el comercio del hombre con Dios, la caída de la humanidad, su reparacion, las leyes y los resultados del gobierno divino, tales fueron sucesivamente los objetos de nuestra investigacion, y hoy no me resta otra cosa por hacer mas que ponerle el sello derramando en vuestra alma un rayo de luz que yo habia puesto á un lado, y que es el coronamiento de todo el cristianismo, considerado como un cuerpo de verdades.

Recordaréis, á no dudarlo, que al tratar de la reparacion del

hombre, os dije que la muerte de Dios debia de ser el medio escogido por la Providencia para expiar nuestros crímenes y restituirnos, satisfaciendo la justicia divina, al seno del eterno amor. Pero esta muerte no podia sernos provechosa, segun las reglas de la solidaridad, mas que por la incorporacion recíproca de Dios con el hombre y del hombre con Dios. ¿Cómo se ha verificado este doble misterio? Cómo se ha hecho Dios miembro de la humanidad, y cómo el hombre á su vez se une á Dios, convertido en su salvador al convertirse en semejante suyo, esto es, Señores, lo que necesitamos aprender y lo que va á formar la conclusion de nuestra enseñanza dogmática.

La humanidad, compuesta de hombres mortales, no se sostiene sino reponiendo las bajas que le causa la muerte, es decir, agregándose miembros nuevos que ocupan el lugar de los que han desaparecido; de donde se sigue que esta agregacion ó incorporacion es un hecho vulgar, cuya ley general podemos estudiar ántes de considerar la aplicacion en la persona del Hombre-Dios. ¿Cómo pues repara sus pérdidas asegurando su perpetuidad? ¿Es por via de creacion? No, Señores; porque si cada uno de los hombres verificara su advenimiento al mundo de la misma manera que el primer hombre, nosotros seríamos seres semejantes por la estructura, pero separados de origen, sustancia, vida, sin parentesco y sin unidad. El hombre viviria al lado del hombre, la humanidad no existiria. Ahora bien, existe: ¿por qué medio? ¿Cuál es el secreto de esta tradicion no interrumpida que lo multiplica sin desencuadernarlo, y conserva entre sus miembros sucesivos el carácter de una estrecha comunión? Es que Dios, señores, que ha hecho los seres, les ha dado al mismo tiempo á todos, y particularmente al hombre, el depósito incomprendible de una vida comunicable. Él no les ha dicho: «Vive, y cuando mueras, yo daré á otro tu lugar y tu sangre.» Él les ha dicho: «Vive y propágate, vive y saca de ti mismo otro tú mismo para que te suceda por siempre.» Y al propio tiempo que Dios en todas sus obras se ha complacido en derramar la inmensidad, en esta ha hecho una especie de juego con su poder, condensando la vida en un punto imperceptible, oscuro, que yo llamaré el gérmen de vida, y que contiene en sí, apésar de su formidable disminucion, el ser vivo con toda la amplitud de sus órganos y todo el misterio de su fecundidad. Pero ¿quién excitará esta fecundidad? ¿Quién turbará en su sueño este gérmen inactivo y sepultado? ¿Será un simple acto de voluntad paternal? ¿Bastará

que el hombre llame al hombre y que le diga: Ven! No, la voluntad sola de la criatura no es suficiente para esta obra, necesita el concurso de otro poder, faltando el cual, todos sus esfuerzos serian inutiles, y la obra de la trasmision de la vida no se cumpliría.

Escuchémos á un profeta: Dios, dice Ezequiel, puso su mano sobre mí, y me echó á un campo lleno de huesos calcinados, y despues que me hubo conducido al rededor de este campo donde estos huesos áridos estaban en gran cantidad, me dijo: Hijo del hombre, ¿piensas tú que esos huesos revivirán? Y yo le respondí: Señor Dios, vos lo sabeis. Y él me dijo: Profetiza á esos huesos y díles: Huesos áridos, escuchad la palabra de Dios..... Y hé aquí un movimiento, los huesos se acercan á los huesos, cada uno encuentra su juntura, y yo ví los nervios y las carnes que crecian, y la piel que se extendia sobre ellos, y sin embargo no tenían el espíritu. Y Dios me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo del hombre, y di al Espíritu: Vé lo que dice el Señor Dios: Espíritu, ven de los cuatro vientos, sopla en estos muertos y haz que revivan (1)! Tal es, señores, el poder extraño que necesita el hombre para suscitar en sus propios huesos el gérmen de la vida; necesita el espíritu, y si el espíritu le niega su concurso, si no sopla de los cuatro vientos del cielo para despertar en su sepulcro la carne atenta, en vano conmovirá al hombre el deseo de la posteridad. Los huesos pueden juntarse con los huesos, los nervios entrelazarse, los músculos llenarse, la piel extenderse como un vestido, la figura misma aparecer: toda esta obra no será mas que un muerto que aspira á la vida, hasta tanto que el espíritu, que es el verdadero viviente, se apodere del cuerpo y lo haga hombre. Entonces se regocijarán las entrañas de la madre, esperando con angustia la hora triste y feliz en que ha de venir un hombre al mundo.

Pues bien, señores, si tal es el misterio de nuestra incorporacion con la humanidad, si un espíritu, que es él mismo una criatura, puede apoderarse en nosotros del gérmen preexistente de la vida, asimilárselo, tomar su direccion, y constituir con él una persona humana, ¿nos sorprenderá que el espíritu vivificador por excelencia, que el espíritu de Dios haya podido apoderarse de nuestra carne, sin privarla de su alma, y hacer así un ser humano y divino, humano por nuestra naturaleza, divino por la suya, hombre verdadero,

(1) Ezequiel, cap. 37, vers. 1 y siguientes.

puesto que él es todo lo que somos nosotros, Dios verdadero, puesto que permanece siendo con nosotros lo que era sin nosotros, Hombre-Dios en fin, para reunir bajo una sola palabra, como lo es en una sola persona, que es la persona divina, el resultado de esta asuncion de la humanidad por la divinidad? ¿Porqué os parecería esto mas singular que nuestro propio advenimiento á la vida compleja que representamos? ¿Porqué nos revelaríamos contra Dios por un prodigio que es tan sencillo en nosotros mismos? Nosotros somos cuerpo y espíritu: nuestro cuerpo es el de nuestros padres cogido en su seno por nuestro espíritu; nosotros pertenecemos por nuestro cuerpo al mundo de la materia, por nuestro espíritu al mundo de la inteligencia pura, por los dos juntos somos uno, esta unidad nos coloca para siempre en la unidad mas vasta del género humano, donde la nuestra se ha formado, obra, subsiste, y nos convence de que es un milagro tan grande como el del Hombre-Dios. Sin sorpresa, pues, debemos oír estas palabras del Apóstol san Juan, con las cuales nos revela, al principio de su Evangelio, el medio de que Dios se ha servido para incorporarse con la naturaleza humana, y establecer entre él y nosotros la solidaridad necesaria á la obra de nuestra reparacion: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios y el Verbo se hizo carne* (1).

Este testo nos enseña que la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo de Dios, se ha revestido con nuestra vida para sufrir con ella y por ella la expiacion de los pecados del mundo. No me detendré á deciros porqué ha tomado la segunda persona divina el peso de nuestra naturaleza y de nuestra redencion: convenia que el Padre, de quien procede todo, conservase en este misterio la magistratura del perdon, que el Hijo, que le sigue inmediatamente, se apoderase del oficio de mediador y de víctima, y que el Espíritu Santo, última expresion del amor, perfeccionase la obra derramando en ella la caridad que no querría ya contener la justicia satisfecha. Pero aunque no concibiéramos la ley de esta armonía, respetaríamos su oscuridad para adherirnos al fondo del misterio y examinar como la persona divina encarnada ha aparecido entre nosotros.

Aquí, señores, salimos de las tinieblas de la metafísica para entrar en las claridades de la historia y del sentimiento moral. El Hijo de Dios, en cuanto á su concepcion en el seno de una mujer, es su-

(1) Cap. 1, vers. 1 y 14.

perior á la mente humana, que no puede, en tales abismos, hacer otra cosa con que reconocer la ley general de la generacion del hombre, y presentir, por el papel que hace en ella el espíritu, la posibilidad que tiene el espíritu supremo de someterse á esta ensanchándola. Pero la concepcion es seguida del nacimiento, y el nacimiento es un acto exterior que, por una multitud de puntos, puede marcar su plaza en los anales positivos del género humano. El Hijo de Dios ha nacido en medio de nosotros, ha nacido de una mujer, á fin de pertenecer por ella á la tradicion de nuestra sangre, y esta mujer, única en el mundo, ha recibido sin duda de Dios dones dignos de la obra en que iba á servir de inefable instrumento. La sangre que iba á comunicar al salvador del mundo ha sido indudablemente la sangre mas ilustre de la tierra, sangre que le ha sido trasmitida por una raza incomparable en grandeza, duracion, majestad, y religion, imposible de reproducirse en ninguna otra sucesion ó dinastia humana, tal en fin como los siglos pierden la esperanza de volver á ver una oscura y lejana imitacion. No podemos, en efecto, creer, señores, que el Hijo de Dios, al venir al mundo para ser uno de nosotros, no se haya preparado con antepasados dignos de él y capaces de revelarnos en el carácter histórico de sus generaciones la divinidad de su último descendiente. Así como Dios ha dado al universo signos sensibles de su autor, ha debido imprimir en su segunda obra signos mas maravillosos todavía, porque son de un orden superior al orden físico, de este orden en que la inteligencia produce la libertad y en que la libertad causa la resistencia á la voluntad divina. Pero en vez de no asistir al espectáculo de la creacion, que no tuvo mas testigo que los ángeles, nosotros, hijos de los hombres hemos asistido al nacimiento del Hijo de Dios en la tierra; nuestros ojos lo han visto, nuestras manos lo han tocado, nuestro corazon ha palpitado junto al suyo, y espectadores de su Epifanía, podemos juzgarla mejor aun que la Epifanía de Dios en el universo. Veamos, pues, esta estirpe del Verbo hecho Hombre.

Seguramente la casa de Francia es la mayor casa del mundo. Ella cuenta de ocho á nueve siglos de expansion real, y cuando penetramos mas allá, para descubrir sus primeros vestigios, quizá descubrimos algun resto de la sangre de Carlo-Magno, ese hombre que fué, despues de Cristo, el padre de la edad moderna, y cuyo nombre sobrevive magnífico entre todos los nombres. Añadid á la grandeza del tiempo y del origen la grandeza del pueblo gobernado por esta raza, reinados famosos por sus victorias, otros por su santidad,

otros por las letras, todos por su trabazon con el curso de las cosas que han tejido el destino del mundo de mil años á esta parte; y creeréis sin dificultad que ninguna casa real puede disputar á está el honor de la estirpe. Hablo sin lisonja, hoy que ha caido el rayo sobre el viejo tronco, y le ha dejado en el destierro la cicatriz viva de la desgracia. Pero tanta gloria en tanta duracion os parecerá nada cuando considereis atentamente los orígenes terrestres del Hijo de Dios.

La guerra es la que ha formado todas las grandes razas. Ella las formaba en Roma, en aquel pueblo soldado por excelencia; ella las ha renovado en la edad media, en aquellas famosas expediciones militares que, durante dos siglos, han llevado al Asia la flor de los caballeros cristianos, que como los españoles, no tenian que lidiar con los hijos de Mahoma en las fértiles llanuras de su patria, perdidas por la traicion, y recobradas por la mas tenaz, mas continua, mas heroica y mas larga lucha que menciona la historia antigua y la moderna; y recientemente aun nosotros la hemos visto crear nombres, en los campos de batalla que no es menester nombrar de un modo mas claro. Pero la guerra no podia fundar la raza del Hijo de Dios, del hombre que debia reconciliar el cielo y la tierra, y dar su vida como un cordero que se deja cortar la lana sin lanzar un quejido. Necesitaba abuelos que fuesen como él hombres de paz, y que no obstante, conquistasen una gloria mas grande que la de la espada, una perpetuidad mas augusta que la que proviene de la fundacion de un imperio. Así ha sucedido. Así ha sido hecho, y si lo dudais, nombrad vuestras dinastías, y yo nombraré la mia: nombrad á Nino, Ciro, Alejandro, Cesar, Carlo-Magno, y yo solo pronunciaré un nombre, el de Abraham, *el padre de todos los creyentes*. Este no era mas que un pobre pastor en una llanura de la Caldea; él no empuñó la espada para ganar fronteras lejanas, ni cogió la paleta para levantar á Nínive ó Babilonia al borde de las crecidas aguas. Pero escuchó la voz que le decia: *Sal de tu país y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y vé á la tierra que yo te mostraré, y yo formaré contigo una gran nacion, y haré magnífico tu nombre y en tí serán bendecidas todas las naciones de la tierra* (1).

Esta obediencia á una palabra, cuyo cumplimiento final debia tardar veinte siglos, inició entre nosotros la estirpe del Verbo divino. La tierra prometida al patriarca fué dada á sus descendientes; ella

(1) Génesis, cap. 12, vers. 1 y siguientes.

tuvo un nombre que dura aun, y una capital, cuyos muros están en pié, en tanto que Nínive, Babilonia, Tebas, Méfis, Tiro, y todas las ciudades nacidas de la guerra ó de la sabiduría no han dejado en el desierto mas que un testimonio de la impotencia humana para fundar puertas que se abran eternamente. De Abraham nacieron hijos, cuya memoria es inseparable de la suya, Isaac, y Jacob, los tres simples pastores de ovejas, los tres unidos con la sublimidad de esta fórmula que se repetira hasta el fin de los siglos: *Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.*

A la cuarta generacion, esta familia toca el trono por Josef. Ella se ensaya en un ministerio que será siempre famoso, en el gobierno de los intereses universales. Caida despues en la opresion por la envidia que inspira su grandeza, le acontece lo que no ha acontecido auténticamente á ninguna familia humana, se hace un pueblo ántes de poseer un territorio; y sin haberse mezclado por la alianza ó la conquista á otra sangre que la suya, sale completamente armada de la esclavitud, bajo la conducta de uno de sus hijos, que se convierte en su legislador, y el nombre de Moisés, este legislador, recibe al pié del Siná un esplendor que no ha sido oscurecido por ningun otro nombre. Dividida en doce tribus, que le conservaban con el nombre de sus padres el aspecto de una familia, la raza de Abraham poseyó la tierra que le habia sido prometida por Dios. Allí, tranquila bajo simples magistrados que le administraban justicia, vivió cinco siglos en un reposo que alteraban los combates de sus enemigos, hasta que, habiéndose aproximado mil años la venida del Hijo de Dios, quiso la Providencia levantar al colmo de la gloria al vástago de donde habia de salir directamente *el deseado de las naciones.* Israel posee el trono, su reinado será corto, pero era necesario para que no faltase nada á la sangre de Abraham, y alcanzase con la púrpura el honor estimado supremo aquí bajo.

Como un pastor de la Caldea habia sido el principio de esta admirable dinastía, un pastor de Palestina le da su última elevacion. David con una honda y un guijarro liberta á su país; una larga serie de triunfos y reveses lo llevan al trono de Sion, sobre esta montaña que él ha cantado, y cuya memoria armoniosa y santa conmueve todavía, despues de tres mil años, el corazon de la posteridad. Porque, por un privilegio, que no ha sido concedido á ningun otro rey, David es poeta; el don de decir en el arpa, y de encadenar á ella la elocuencia con un ritmo inmortal le ha sido otorgado desde su juventud, cuando solo era un guardador de ovejas en los campos

de Belen. Hecho soldado, ha guardado bajo su armadura el fuego sagrado de la musa divina; él dulcificaba con ella los trasportes de Saul, el rey réprobo; él derramaba sus acentos en el alma de Jonatás, y celebraba, maldiciendo las colinas de Gelboé, la amistad de este jóven mejor que su fortuna. La corona no apagó en el príncipe el genio del niño; la llama de la poesía se encendió con el fuego profético, y el anciano David arrancó de su lira cantos que referian de antemano la vida y la muerte de Cristo, de quien él era abuelo, cantos siempre nuevos, que han pasado de Sion á los labios de la cristiandad, y le hacen alabar á Dios en un lenguaje tan grande como sus beneficios. No obstante, David, poeta, capitán, profeta, no era aun el término mas elevado del trono de Israel, aun cuando fuese su término mas puro, y se debiera decir un dia del Verbo de Dios, suprimiendo los demas intervalos y pasando en silencio á los demas antepasados: *Hossanna al Hijo de David!* A este rey de la guerra y de la inspiracion sucede el rey pacífico, el rey que construyó al verdadero Dios el primer templo del mundo, el rey que somete la naturaleza á sus investigaciones, y revela sus secretos á su sorprendido pueblo, que atrae á Jerusalem mas tesoros que los que puede contener, y que forma con la sabiduría y el esplendor un nombre tan memorable que reina hoy mismo en los tronos del Oriente. Esto equivale á nombraros á Salomon, y aunque no deja de haber otros reyes que, entre sus sucesores, han sido gloriosos, no os nombraré mas. Babilonia lleva los últimos á sus lejanas playas, pero sin poder destruir en esta estirpe, con su régia dinastía, el carácter de su predestinacion. Daniel, hijo de Judá, sale de la esclavitud para gobernar á los vencedores de su patria; él vió caer á Babilonia prediciendo por última vez su ruína, y los restos de Israel, libertados por Ciro, volvieron á las ruínas de Jerusalem, donde Zorobabel, que los condujo, uno de los antepasados directos de Cristo, echó los cimientos del segundo templo de Dios.

Allí, al pié de este templo, donde Cristo debia orar, enseñar y bendecir, comenzó á oscurecerse la casa de David, temiendo que si la grandeza y el poder se perpetuaban, viera el mundo en el advenimiento del Salvador una obra plagada de socorros demasiado humanos. La gloria se paró pues á tiempo, y cuando la majestad divina, en la hora marcada en sus decretos, bajó á vestir nuestra carne en la estirpe que se habia preparado veinte siglos hacia, ya no encontró la sangre de Abraham y de David mas que en una doncella escondida en el taller de un carpintero. La pobreza habia cu-

bierto con su púrpura la de Salomon, y Dios, deseoso de darla todo el brillo posible, llevó á su madre al pesebre de Belen, para nacer allí en medio de los rebaños que habia guiado en otros tiempos su abuelo David. Pero allí tambien resucitó la gloria, esa gloria acostumbada á salir de la nada, y á desafiar así por el contraste de su humildad las vanas ilustraciones, hijas del orgullo. Los reyes vinieron desde el país de Abraham á la ciudad de David para adorar en el Niño-Dios al heredero del cielo y de la tierra, y la virgen que lo dió á luz no ha dejado ya el trono donde la guarda la humanidad noche y día, y la contempla como á su madre y á su reina, como á madre de Dios, reina de los ángeles, arca de la alianza, puerta del cielo, estrella matutina, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, socorro de los desamparados, títulos dulces y magníficos, cuyo ruido no se apaga jamás, y que se concentran en otro nombre que los sobrepuja á todos, en el nombre de Virgen Madre. Porque en vez de que el hombre lo corrompe todo, hasta la maternidad, Dios no puede bajar á ninguna parte sin respetar el bien que encuentra en ella, y sin añadir el exceso de su perfeccion.

¿Con cuánta mas consideracion debia, pues, tratar el seno que habia escogido, dejándole, al fecundarlo, el honor de la integridad, á fin de que esta mujer bendita entre las mujeres participase eternamente de la pureza de una vírgen y de la bondad de una madre? El ojo del hombre no ha visto estas particularidades profundas del nacimiento del hijo de Dios, la fe sola nos las ha revelado; pero la razon, al examinarlas, no descubre nada que no sea fácil para la omnipotencia, y conveniente para la obra de santificacion que venia á fundar entre nosotros. La vírgen-madre ha derrocado todos los cultos impuros de la fábula; ella ha hecho en el corazon del hombre, en provecho de su alegría presente y futura, una inefable mezcla de ternura y castidad; y si hay inteligencias perdidas que ultrajan sin comprenderlos estos misterios del pudor, ahí está para responderles la piedad de su propia madre, el honor de su hija y la virtud de su hermana.

De este modo, señores, se ha verificado la incorporacion del hijo de Dios en la humanidad: veamos como se verifica la incorporacion recíproca del hombre en el hijo de Dios. Porque no basta, para que el misterio de nuestra reparacion se realice, que el Verbo divino, hecho carne, haya sufrido la pena merecida por los pecados del mundo; es menester que la unidad se complete entre él y nosotros por nuestra libre adhesion á su persona, á su sacrificio y á su con-

sanguinidad. Es menester, segun el enérgico lenguaje de la Escritura, que nos revistamos de Cristo (1), que nos hagamos miembros de su cuerpo (2), que seamos arraigados y reedificados en él (3), que podamos en fin decir con san Pablo: *No soy yo quien vivo, sino Jesucristo quien vive en mí* (4). Sin esta reciprocidad de union voluntaria y estrecha entre nosotros y el Verbo mediador, la redencion de la humanidad nos es extraña é infructuosa.

¿Pero como unirse á Cristo hasta llevarlo como un vestido, ser uno de sus miembros, y vivir con su vida? Señores, el apóstol San Juan nos lo dice con estas célebres palabras: *Hay tres que prestan testimonio en la tierra; el espíritu, el agua y la sangre, y estos tres no son mas que uno* (5). El espíritu primero, es decir, la caridad: aquel que ama á Dios sobre todas las cosas, aquel, segun la sentenciá del mismo Jesucristo, *cumple la ley y los profetas* (6); *está en Dios, y Dios en él* (7). Y como es imposible que en nuestro estado presente amemos á Dios sobre todas las cosas sin la efusion de la gracia de que es para nosotros autor y depositario Jesucristo, todo el que vive con este amor sobrenatural y soberano, vive por eso mismo en la vida de Jesucristo, en tanto que Jesucristo es Dios, y en tanto que es Hombre-Dios. Porque en tanto que es Dios, Jesucristo vive del amor que tiene á su Padre, y toda alma que se une á él en este amor tiene la misma vida que él; y en tanto que es Hombre-Dios, mediador entre el cielo y la tierra, vive de la gracia cuyo tesoro superabunda en él, y haciéndose comun esta gracia con el alma regenerada por la caridad, esta alma y la suya no forman mas que una. La vida divina y la vida humana de Cristo pasan de esta manera á todos aquellos á quienes anima el fuego de la caridad, este fuego que la Escritura llama espíritu, y que es en la tierra el primer testigo, es decir el primero que honra á Dios ante los hombres con sentimientos y obras dignas de él.

El agua viene en seguida: porque el amor sobrenatural no siendo posible mas que por la efusion de la gracia, Dios ha querido agregar este elemento sobrehumano á signos exteriores que no poseen por sí mismos mas que una eficacia terrestre, pero que, prestando su sustancia al soplo creador, se convierten bajo su inspiracion en ins-

(1) Epístola á los Gálatas, cap. 3, vers. 27. — (2) Epístola á los de Efeso, cap. 3, vers. 30. — (3) Epístola á los Colosenses, cap. 2, vers. 7. — (4) Epístola á los Gálatas, cap. 2, vers. 20. — (5) 1ª Epístola, cap. 5, vers. 8. — (6) San Mateo, cap. 22, vers. 40. — (7) 1ª Epístola de san Juan, cap. 4, vers. 16.